

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ

9

Hermano John

Las dos caras de la cruz

Para muchos de nuestros contemporáneos la cruz es el símbolo por excelencia del cristianismo. ¿No es acaso curioso que dicho instrumentos de muerte violenta haya terminado por representar lo esencial de una creencia? De hecho, durante largos siglos, se experimentó una gran repugnancia hacia la representación de Jesús en la cruz. Para los primeros cristianos, la luz ardiente de su fe estaba en la buena noticia de la resurrección: el grito «¡Ha resucitado!» expresaba su convicción básica.

Sin embargo, al anuncio de la resurrección de Jesús fue rápidamente adosado el recuerdo de su muerte violenta. Apenas veinticinco años después de los hechos, San Pablo da cuenta en su primera carta a los Corintios de un credo armonioso que el

mismo recibió y que expresa el corazón mismo de la fe cristiana a través de un binomio:

Cristo murió	por nuestros pecados,	según las Escrituras
	fue sepultado	
y resucitó	al tercer día	según las Escrituras
	se apareció a Cefás...	

(1 Corintios 15,3-4)

Vemos como este antiguo texto simplemente yuxtapone los dos momentos sin interesarse en aquello que los une. Se limita a presentarnos a Cristo muerto y resucitado. Sin embargo, si reflexionamos, podemos constatar que esa simple palabra, «y», no es anodina sino que, al contrario, esconde lo esencial del misterio.

De hecho, la articulación entre las dos partes del binomio al que llamamos misterio pascual tiene consecuencias incalculables para la vida cristiana. Durante siglos, especialmente en Occidente, la resurrección fue atenuada en favor de la pasión de Cristo, lo que favoreció un cierto dolorismo, una visión pesimista de la existencia terrestre. Si hoy, en la piedad de los fieles, el acento ha sido felizmente desplazado hacia la primacía de la resurrección, tampoco esto está exento de inconvenientes.

Corremos el riesgo de minimizar los efectos del mal en la vida humana, de saltar con demasiada rapidez a la otra orilla de la felicidad reencontrada y, como consecuencia, de distanciarnos de todos aquellos que atraviesan un sufrimiento inexplicable o que luchan con la angustia de una existencia aparentemente absurda. ¿Sabremos encontrar ins-

piración y fuerza en la gozosa noticia de la resurrección sin quitarle a la cruz toda su seriedad?

Atrevámonos a afirmarlo: todo el interés y la importancia del misterio pascual radica en lo que los gramáticos llaman la cópula, el nexo entre el sujeto y el predicado. El Crucificado es el resucitado: ¿qué significa esta afirmación? ¿Cómo es posible y cuáles son sus consecuencias? Con el fin de profundizar en el significado de la cruz vamos a esforzarnos por acotar con la mayor precisión el nudo muerte-resurrección de Jesús. Éste, acláremoslo de entrada, no es inmediatamente accesible a la razón humana. Clave de todo el edificio, se nos escapa. Sin embargo, al abordarlo desde diferentes perspectivas, nos acercaremos cada vez más al corazón de nuestra fe.

¿Etapas sucesivas?

Una primera respuesta a la pregunta del vínculo entre la cruz y la resurrección es de orden *cronológico*. En el desarrollo del relato evangélico, la pasión y la muerte de Jesús son presentadas como etapas sucesivas. Esto proviene de la noción misma de resurrección: para poder levantarse (ἀνίστημι) o despertarse (ἐγείρω), primero hay que estar acostado o dormido en la muerte.

Haría falta también distinguir la resurrección de la simple reanimación de un cadáver. En los relatos del hijo de la viuda de Naín (Lucas 7,11-17), de

la hija de Jairo (Marcos 5,21-43) y sobre todo de Lázaro (Juan 11), Jesús muestra su poder sobre la muerte restableciendo a seres recientemente muertos sus vidas precedentes. La resurrección es otra cosa. Para los judíos que creían en ella, expresaba el pasaje del mundo presente a la era por venir, una vida sin parangón a la existencia de aquí abajo. De todas maneras, la resurrección sigue a la muerte, ya que ambas representan dos estados opuestos: resucitar significa pasar de la muerte a la vida.

No obstante esta visión cronológica está lejos de agotar toda la verdad del misterio, pudiendo incluso confundirnos. Dicho enfoque nos llevaría a considerar la cruz como un momento que deberíamos dejar atrás, superar lo más rápido posible olvidando los dolores sufridos. Esta manera de comprender el misterio pascual tropieza con un detalle menudo pero significativo: en los relatos de la aparición del Resucitado, Cristo glorificado lleva aún sus heridas, siendo éstas incluso el medio privilegiado que permite reconocerlo. Los evangelistas quieren indicar con esto que la crucifixión de Jesús no es algo a relegar en un pasado acabado, sino que forma parte de la identidad durable de Cristo resucitado. Sus sufrimientos y su muerte tienen una significación permanente para los creyentes.

El cuarto evangelio expresa la misma verdad al hablar de la vida terrestre de Jesús. Para indicar el final de su estancia terrenal, san Juan emplea el verbo «elevar»: «Y yo, una vez elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí». (Juan 12, 32: cfr. 3, 14

y 8, 28). Por medio de este clásico juego de palabras el evangelista hace referencia tanto a la crucifixión (hecho por el cual es capital que Jesús sea crucificado por los romanos y no lapidado según la costumbre judía: ver 12, 33 y 18, 31-32) como a su elevación para volver al Padre (ver 20, 17; 6, 62 y 3, 13). Aquí los dos momentos del misterio pascual no se suceden, sino que se superponen: la crucifixión es al mismo tiempo una exaltación, la entrada en la gloria de Dios.

Estas indicaciones nos muestran que el hecho de considerar la muerte y la resurrección como etapas cronológicamente sucesivas necesita ser completado. Esencial para la revelación de la identidad de Jesús y para el sentido de su vida, el desarrollo temporal no expresa plenamente dicha identidad ni su sentido. El Crucificado es el Resucitado, ambos momentos están imbricados uno en el otro de manera permanente. Así, sería más exacto hablar de dos dimensiones del misterio pascual, de dos fases, la fase oscura y la fase luminosa. Vamos pues a mirar por turnos estas dos fases para comprender mejor su relación y percibir dónde se sitúa el paso de una a otra. Esperamos así navegar, por un lado, entre los escollos de una concepción demasiado pesimista de la fe cristiana y, por otro, de una visión demasiado «angélica» a través de la cual la resurrección quita al mal su seriedad y, por tanto, prohíbe una verdadera solidaridad con las pruebas de nuestros semejantes.

La fase oscura de la cruz

La cruz, contemplada desde el exterior, aparece a primera vista como un fracaso al plan humano. «A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse.» (Marcos 15,31) Estas palabras de los responsables del pueblo frente al Jesús crucificado no son sólo un indicio de su mala fe. Su perplejidad tiene algo de comprensible: ¿cómo podía el Mesías, enviado por Dios para salvar a su pueblo, terminar de esa manera? Puesto que si bien había puntos de vista diversos en cuanto a las modalidades concretas, la espera del Mesías comportaba necesariamente la esperanza de la liberación de una situación desdichada y el advenimiento de un mundo mejor. La ausencia de beneficios reales invalidaba la pretensión mesiánica. Además, dicha muerte no era sólo un suplicio particularmente doloroso y vergonzoso sino que, para los judíos, constituía un signo de rechazo divino (ver Deuteronomio 21, 23). San Pablo retoma este argumento, si bien modificando su sentido: «Cristo se hizo maldición por nosotros» (Gálatas 3, 13).

De este modo no era inconcebible suponer que si Jesús murió de esta manera ignominiosa, Dios no estaba con él. En nuestra era, tras la tentativa del genocidio del pueblo judío, la Shoah, la pregunta de la presencia divina frente al mal reaparece de manera incisiva, aunque con un matiz diferente. Las oraciones extendidas desde las cámaras de gas y de los hornos crematorios parecerían no haber llegado al oído

de Dios. Hoy en día esto es visto no tanto como el abandono de Dios a los suyos sino como la prueba de su impotencia, incluso de su inexistencia. «Si Dios existe y es todopoderoso ¿cómo ha permitido que nos ocurra todo eso?» Esta pregunta repercute insidiosamente a través de los siglos. Jesús tomaría entonces su lugar en el cortejo de multitud de hombres y mujeres que, contando con la ayuda divina, fueron cruelmente decepcionados.

Llegados a este punto, podemos mirar el mismo acontecimiento desde el otro lado; cargando la responsabilidad no ya sobre la espalda de la víctima, sino sobre la de sus verdugos. Vista de este modo, la cruz aparece como *una prueba de la impotencia del bien en nuestro mundo*. Gandhi, Martin Luther King, lucharon valientemente contra el odio y la opresión antes de sucumbir frente a la violencia destructiva. En esta tierra los esfuerzos de quienes hacen el bien parecen insuficientes frente al poder del mal. ¿No podríamos ver a Jesús también bajo esta luz, como una especie de Don Quijote, un romántico tan admirable como penoso, que combate con armas, desgraciadamente, muy poco eficaces para vencer?

Sin embargo es interesante remarcar que, por su parte, Jesús hace una lectura parecida de la historia santa. En su polémica contra los responsables espirituales del pueblo, Jesús los acusa de haber asesinado siempre a los mensajeros divinos:

Por tanto, mirad, yo os envío profetas, sabios y escribas: de ellos, a unos los mataréis y crucificaréis, y

a otros los azotaréis en vuestras sinagogas y los perseguiréis de ciudad en ciudad... (Mateo 23,34)

Es tan sólo a posteriori que se les honra con tumbas impresionantes asegurándose, así, una conciencia limpia sin tener que pasar por una conversión exigente (ver Mateo 23,29-30).

El desarrollo del ministerio de Jesús confirma esta «regla» del inevitable fracaso del bien en este mundo. Al inicio de su vida pública, vemos cómo atrae a un número creciente de oyentes, admirados por su enseñanza (ver Marcos 1,27-28) y sobre todo por sus curaciones (ver Mateo 15,30-31). Pero cuando las exigencias de sus palabras se hacen sentir, no tanto porque piden lo imposible sino a causa de que el don ofrecido altera las categorías y las prioridades de sus oyentes, poco a poco la gente le deja e incluso se levanta contra él. Al final, abandonado mismo por sus más íntimos por miedo a perder sus vidas, Jesús es dejado solo para afrontar su suerte (ver Marcos 14, 27-31.50)

San Juan resume este proceso en el capítulo 6 de su evangelio. Al principio «muchas gente le seguía porque veían las señales que realizaba en los enfermos» (Juan 6, 2). Cuando vienen a él, Jesús les alimenta a todos con cinco panes y dos peces. Entonces quieren hacerle rey para beneficiarse de sus poderes permanentemente y, cuando él huye, le siguen hasta el otro extremo del lago.

Es en ese momento cuando Jesús intenta que profundicen en la comprensión de su misión y de lo que él les ofrece. Evoca un «alimento que perma-

nece para vida eterna» (6,27), un «pan de Dios... que baja del cielo y da la vida al mundo» (6,33). A continuación, revela que él es ese pan de vida (6, 35-40). De golpe, los que le escuchan comienzan a «murmurar» sobre él, igual que habían hecho los israelitas en el desierto en un pasado (ver Éxodo 15, 24; 16,2; 17,3; etc): el don no lleva más que a la incompreensión y la división. Cuando Jesús va más allá afirmando que el pan es su carne, y que hay que comer su carne y beber su sangre para tener vida (6,51-58) el escándalo llega al máximo ; «desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él» (6,66). La ofrenda de la vida, que genera en un primer momento una gran atracción, acaba por herir las sensibilidades y por llevar a disputas (ver 6,52) así como al rechazo del don y del Dador.

Una paradoja mortal

Así pues, si la existencia de Jesús, y sobre todo su muerte, ponen de manifiesto la incompatibilidad entre nuestro mundo y el bien, quizás el problema no está en principio del lado de Dios. Esta constatación nos hace avanzar en nuestra comprensión de la cruz: ella desvela los límites del proyecto humano, especialmente en el campo de la religión y la justicia. En el relato de la Pasión lo mejor de la religión viene del pueblo judío. Ésta es la nación que ha recibido una revelación única por parte

de Dios, hasta el punto que Jesús afirma que «la salvación viene de los judíos» (Juan 4, 22). Más adelante, los discípulos encontrarán en las Escrituras judías las claves para comprender su misión. Sin embargo, en el momento crítico del proceso a Jesús, los líderes religiosos de dicho pueblo dirigen al gobernador romano estas palabras cargadas de significado: «Nosotros tenemos una ley y según esa ley debe morir...» (Juan 19,7). La Ley, la Torah, es la quintaesencia de la religión judía, donde quedan imbricadas la revelación divina y la interpretación humana. Si los responsables religiosos de Israel no encuentran en su Ley la luz necesaria para reconocer a Aquel que viene en el nombre del Señor, entonces esa Ley en realidad no revela más que los límites de su comprensión de Dios. La cumbre de la religión humana no les permite discernir el día de la visita divina (ver Lucas 19,44).

San Pablo, en sus cartas a los gálatas y, sobre todo, a los romanos, retoma este tema a un nivel más abstracto. Buena en sí misma, santa incluso, la Ley se desvió de su fin verdadero por la tendencia humana a la autojustificación; desde entonces, su santidad se manifiesta de manera negativa: la ley sirve tan sólo para desvelar la extensión del mal (ver Romanos 7, 7-13)

Por otra parte, la justicia humana en su más alta manifestación queda simbolizada por la autoridad imponente de Roma. En el relato de la Pasión, ésta se encarna en la figura de Poncio Pilato. Tras examinar meticulosamente al inculpa-

do, el gobernador declara tres veces (ver Lucas 23,4.14.22; Juan 18, 38; 19,4.6) que Jesús es inocente, y sin embargo lo envía a un suplicio de muerte. La justicia de Roma, tan alabada, se muestra así incapaz de salvar la vida de un inocente, y a partir de ahora Pilato permanece solo con sus dos preguntas: «¿De dónde eres tú?» y «¿Qué es la verdad?» (Juan 18,38; 19,9). La crucifixión de Jesús no hace sino exponer con claridad la incapacidad humana para comprender y acoger la presencia de Dios.

A partir de todo lo anterior, podemos afirmar que la vida de Jesús y, con mayor fuerza, su muerte, revelan una «paradoja mortal», característica de nuestra condición humana, que se resume en la siguiente proposición: aspiramos a una vida más grande, pero al mismo tiempo somos incapaces de dar los pasos necesarios para acceder a ella.

Estos dos aspectos quedan recapitulados al principio de la Biblia, en la llamada de Abraham (ver Génesis 12, 1-4). Dios entra en su existencia con la promesa de una bendición, que en lenguaje bíblico quiere decir una vida mayor. Pero, para entrar en esa vida, Abraham está llamado a abandonar el mundo que conoce para embarcarse en una aventura con Dios. El patriarca, por su parte, se pone en camino, mientras que lo más frecuente a lo largo de los siglos es que los humanos prefieran la comodidad de una existencia instalada a los rigores de una peregrinación tras las huellas del Señor.

Este rechazo trágico se manifiesta ejemplar-

mente en la vida de Jesús. Ya hemos constatado que a medida que el camino se vuelve más exigente, las multitudes, e incluso los discípulos, comienzan a abandonarlo. Jesús es plenamente consciente de ello: «vosotros no queréis venir a mí para tener vida» (Juan 5, 40; ver 12, 37-40; 2, 23-25). Pero aún hay más. Abandonar a un maestro decepcionante, volverse indiferente a sus llamadas, es una cosa; querer matarle es otra. Muy pronto se dibuja una resistencia contra Jesús: no se puede soportar su presencia y sus pretensiones (ver Marcos 3, 6). Esta actitud, que se afirmará cada vez más hasta manifestarse en la crucifixión, da que pensar. Si se desea eliminar a alguien, es porque lo que esa persona representa se ha hecho insoportable; en una palabra, se mata para evitar morir, para salvarse uno mismo. Sin embargo, Jesús no amenaza la vida física de nadie. Son más bien sus palabras y su manera de vivir las que cuestionan todo un modo de vida, dando un toque de atención a una sociedad que se funda en la exaltación de sí a costa de los demás, llamada por san Juan «el mundo» y por san Pablo «la carne». Los que así actúan sienten como un golpe mortal la afirmación de Jesús, encarnada en toda su existencia, de que ante Dios nadie es privilegiado, y que nuestros bienes son en realidad dones que hemos de agradecer y compartir en favor de nuestros semejantes.

Jesús expresa esta paradoja de la vida humana, manifestada en las actitudes contra él, por medio de una frase que los salmos ponen en boca del justo

perseguido: «Me han odiado sin motivo» (Juan 15, 25; ver Salmo 35, 19; 69, 5). Desde luego, sus verdugos y sus simpatizantes tenían sus razones para matar a Jesús. Pero si Jesús es, en efecto, el Inocente, si su mayor deseo, evidenciado por sus obras, es dar la vida en plenitud, entonces la voluntad de terminar con él es literalmente absurda. Es un sinsentido mortal, que revela el odio contra la misma Fuente de la vida (ver Juan 15, 23), un desprecio que lleva a un comportamiento suicida. Así, la muerte de Jesús revela la contradicción fundamental de nuestra condición humana: lo que los humanos desean con más fuerza, no pueden recibirlo sin abrirse a aquello (y a Aquel) que está más allá, lo que exige el abandono de una existencia construida sobre una autosuficiencia ilusoria, una especie de muerte a sí mismo. Entonces, para no morir, matamos, y matando la Fuente de la vida nos suicidamos. De ahí la virulencia del odio contra Jesús: jamás estamos tan furiosos como cuando se nos ofrecen argumentos que en el fondo de nosotros reconocemos justos, pero que por nada del mundo deseamos admitir. La cólera que nos habita testimonia una lucha desesperada contra nosotros mismos.

Así pues, el punto extremo de la cara oscura de la cruz es *la revelación de una paradoja o de una contradicción que marca nuestra condición humana*. Podemos llamarla con exactitud nudo. Cuando intentamos deshacer un nudo tirando de los dos extremos de la cuerda, en realidad lo que hacemos es apretarlo más: las energías dedicadas a resol-

ver el problema sirven más bien para empeorarlo. Así, buscando hacer callar la voz del Inocente que delata nuestra complicidad con la muerte, paradójicamente cerramos la única salida. Nos atrincheramos precisamente en un lugar donde Dios no puede alcanzarnos. Al matar a Jesús, matamos al mismo tiempo la parte más auténtica de nosotros mismos, y nos condenamos así a una muerte en vida. El único consuelo es que al expresar con mayúsculas esa contradicción, la cruz ofrece una posibilidad de ir más allá de ella. El diagnóstico de la enfermedad es un paso ineludible hacia la curación.

La cara luminosa de la cruz

En efecto, la manifestación de la otra cara del misterio pascual necesita de este tránsito por lo más bajo. Jesús no es salvado en el sentido de que el movimiento descendente sea interrumpido. Ningún *deus ex machina* llega en el último minuto para evitar que el mal haga estragos hasta el extremo. No, el Inocente debe morir de verdad, firmando así la sentencia de muerte de un mundo que rechaza la Vida y arrastrándolo con él hacia la nada («por su muerte, él ha matado a la muerte» dice una antigua oración). De los escombros de este mundo puede nacer algo nuevo, si es que existe de verdad una Potencia de vida que no haya quedado engullida en la conflagración general.

A la mañana del tercer día, cuando Jesús está ya sin lugar a dudas muerto –muerte cuyo carácter irrevocable se expresa en la tradición de su descenso al Shéol o Hades, el reino subterráneo de los muertos– y sus discípulos han visto todas sus esperanzas naufragar (ver Lucas 24, 21), sólo entonces es cuando tiene lugar un nuevo comienzo. Unas mujeres visitan su sepulcro y, en el lugar del cadáver desaparecido, escuchan un anuncio de resurrección. Más tarde los discípulos, individualmente o en grupos, se encuentran con el Crucificado ahora vivo, todavía con ellos. El Nuevo Testamento no ofrece un relato unívoco de estos acontecimientos, puesto que es difícil describir con palabras e imágenes de nuestro mundo las realidades que hay más allá de él. Sea como sea, lo que en última instancia cuenta, la «prueba» definitiva, es el cambio de actitud de los discípulos de Jesús. De estar acobardados, vueltos hacia el pasado, pasan a ser mujeres y hombres llenos de una esperanza loca, dispuestos a pagar con sus vidas la convicción de que la aventura se inicia de nuevo y que, resucitado de entre los muertos, el Crucificado continúa llamándoles a seguir su estela hacia la Vida verdadera.

Este cambio de mirada provocado por la buena noticia de la resurrección debió conducir casi de inmediato a una relectura del pasado, comenzando por la cruz. Si Dios estuvo –y permanece– con Jesús en ese momento, queda descartado interpretar su muerte como un fracaso o como un indicio de la ausencia o la impotencia divinas. Por el contrario,

en todos esos acontecimientos del pasado debería estar actuando una cierta sabiduría o lógica divina. Pero, ¿cómo reconocer esa lógica? ¿De qué manera podría Dios haberse servido de esta muerte atroz para revelarse y comunicar sus designios de amor?

No lo olvidemos: los discípulos de Jesús eran judíos. Y frente a cualquier enigma concerniente al sentido de la vida, los judíos de aquel tiempo tenían un recurso único e infalible: las Escrituras. Había pues que hacer una nueva lectura de la Biblia, de nuestro Antiguo Testamento, a la luz de la resurrección de Jesús, para intentar comprender cómo el final de su vida podría formar parte del proyecto de Dios para el universo que creó.

Así pues, una de las primeras consecuencias de la resurrección para los discípulos de Jesús fue una relectura de las Escrituras que integrara la realidad de la cruz. Por otra parte, no debemos extrañarnos por el hecho de que el conjunto del pueblo judío no hubiera podido identificar de entrada a Jesús como el Mesías prometido. La razón es muy sencilla: fuera de la luz de su resurrección, una lectura así queda lejos de ser evidente, pues sitúa en el centro elementos que, en principio, hubieran parecido marginales.

Es así como los discípulos de Jesús llegaron a otorgar mayor importancia a los salmos donde se habla de un justo perseguido. En tales oraciones, en efecto, el desajuste entre las apariencias y la realidad en Dios se manifiesta especialmente. Aquel que parecía ser «gusano, que no hombre,

vergüenza del vulgo» (Salmo 22,7), era en realidad el amigo de Dios. Estas oraciones ofrecían un marco de lectura que hacía concebible la muerte de Jesús. Es por ello comprensible que los relatos evangélicos de la Pasión se hallen pobladas de dichas reminiscencias.

De entre todos los pasajes del Antiguo Testamento, hay uno que ilustra especialmente bien esta nueva lectura de la Biblia a la luz de la muerte y resurrección de Cristo. Se trata de lo que llamamos el cuarto canto del Siervo del Señor (Isaías 52,13-53,12). Como los salmos, este texto subraya el contraste entre la apariencia del protagonista a los ojos de los demás y su verdadera condición. «No tenía apariencia ni presencia, (...) despreciable y desecho de hombres», era considerado «azotado, herido de Dios y humillado», cuando en realidad era el Inocente, el Siervo del Señor que cumplía una misión divina por obediencia. Al mismo tiempo, el canto va más allá del simple contraste, describiendo el cambio en la mirada de los espectadores, que quedan estupefactos al ver la exaltación de alguien que antes parecía maldito. Así, un texto sagrado escrito siglos atrás cuenta una experiencia idéntica a la de los testigos de la muerte de Jesús. Es comprensible que a sus ojos aquello no fuera una cuestión de azar, sino más bien una clave para entender lo que acababan de vivir.

Isaías 53 va todavía más lejos. El texto define el papel del Siervo como aquel que asume una especie de intercambio entre él mismo y sus seme-

jantes. Él, el Inocente, se pone en el lugar de sus contemporáneos errantes, de tal manera que es «herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas». Asumiendo la culpabilidad de sus semejantes, les comunica su inocencia. Prestemos atención al hecho de que la descripción de dicho «intercambio» constituye una revelación, es una palabra de Dios que ilumina lo que a priori parece inexplicable, incluso absurdo. Queda lejos de ser una simple constatación que a su vez necesitaría de una explicación, como un mecanismo humano cuyos resortes habría que examinar. Por contra, en tanto que los oyentes reconocen que es «por ellos» que el Siervo sufre, esto tiene el efecto transformador de una verdadera revelación divina que alumbraba el misterio del sufrimiento del inocente.

Una solidaridad que anula la división

Siguiendo a Isaías 53, iluminada por la resurrección, la cruz aparece como un *acto de solidaridad llevado al extremo*. Dios no salva a la humanidad «desde lo alto», con un golpe de varita mágica: comparte la condición humana en profundidad (cfr. Filipenses 2,8). Jesús ya había indicado esa intención con el primer gesto de su vida pública, su bautismo. Juan había anunciado la venida de alguien «más fuerte... [que bautizaría] en Espíritu

Santo y fuego» (Mateo 3, 11). No obstante Jesús se acerca, como un hombre cualquiera, y pide a Juan el bautismo, es decir, se pone voluntariamente del lado de los pecadores que van en busca de perdón, descendiendo con ellos en las aguas de la muerte y volviendo a subir hacia una vida renovada. La curación sólo puede venir del interior de la condición humana para transformarla de manera imperceptible pero irresistible, como la levadura que hace fermentar toda la masa (ver Mateo 13,33).

Un acto de solidaridad así, por medio del cual el Inocente comparte la condición de los culpables, destruye de golpe todas las barreras que establecemos entre las personas para situarnos en el lado bueno y tener la conciencia tranquila. «Si los demás son malos, entonces evidentemente yo soy bueno». La cruz pone fin de una vez por todas a todas las divisiones humanas de etnia, de religión (ver Efesios 2, 14) e incluso de comportamiento, para presentarnos todos juntos ante Dios, como hijos e hijas pródigos, que son, sin embargo, sus hijos amados. Tras la cruz, toda pretensión de ser alguien por sí mismo queda desenmascarada. En este mismo espíritu san Pablo, alcanzando acentos proféticos, grita: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo?» (1 Corintios, 1, 20)

Esta solidaridad que relativiza toda diferencia y crea una unidad ante Dios se manifiesta al mismo tiempo como la respuesta auténtica ante el mal. Al aceptar dar la vida por sus verdugos, Jesús proclama una verdad tan sencilla que siempre la descuida-

mos: no podemos eliminar el mal utilizando sus mismas armas. ¿Acaso la historia de nuestra raza, de guerra en guerra y de opresión en opresión, no es la del olvido de esta verdad fundamental? Ya al principio de su vida pública, Jesús había invitado a los que le escuchaban a responder al mal con el bien, a instancias de su Padre celestial (ver Lucas 6, 27ss ; Mateo 5, 38ss) y luego él sigue el mismo camino : «al ser insultado, no respondía con insultos; al padecer, no amenazaba...» (1 Pedro 2, 23). En esto fue verdaderamente Siervo de Dios (ver 1 Pedro 2, 22-25), confiado en la fuerza creadora del Señor en lugar de la aparente eficacia de la violencia (ver Isaías 50, 6-7). Revela además que este poder divino no es más que un amor excesivo que parece locura a los ojos humanos, la actitud del pastor que abandona a las 99 ovejas para ir a salvar a la única extraviada, o del propietario que da a los obreros que llegan a última hora el salario de una jornada completa. Si bien podemos llamar perdón a ese amor desmesurado, hay que matizar que el ejemplo de Jesús excluye de esta noción cualquier rastro de condescendencia. Aquí no se trata del gesto de un superior que se digna a conceder un respiro para mostrar su magnanimidad, sino del de un amante que paga con su vida, que se sitúa en el lugar de los últimos, para que ya nunca más haya últimos.

Por último, el acto de Jesús nos indica *el sentido verdadero de la existencia*. Nos dice implícitamente que vivir es darse por amor y no aferrarse a

lo que tenemos, por miedo o por egoísmo, es hacer circular los bienes en lugar de poseerlos hasta la muerte. Esta vida adquiere en ocasiones una apariencia de sufrimiento, de fracaso, e incluso puede manifestarse en el acto de morir, mientras que una bella existencia «de triunfos» tal vez se convierte en muerte. La cruz revela así, por una parte, la comprensión que Jesús tenía del sentido de la vida humana (ver la palabra clave citada seis veces por los evangelistas: Mateo 10,39 ; 16,25 ; Marcos 8,35 ; Lucas 9,24 ; 17,33 ; Juan 12,25). Por otra parte, desvela el secreto de Dios mismo. En las antípodas de un poderoso celoso de su rango, Dios es el Dador por excelencia. Como consecuencia, Cristo «siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo» (Filipenses 2, 5-7). Al comunicarnos la vida divina, él hace de nosotros verdaderos humanos a imagen de Dios, que encuentran la felicidad en el don desapercibido de sí mismos.

El punto de inflexión

La contemplación de la cruz de Jesús revela pues sus dos caras. Por un lado, la cruz como fracaso, signo de la impotencia del bien en nuestro mundo con su corolario, la autocondenación de este mundo y el fin de toda esperanza. Por otra parte, la cruz como reveladora de una vida auténtica a través de

la solidaridad y la negación a responder al mal con el mal, como indicio de un amor «excesivo».

Volvamos ahora a nuestra pregunta de partida, la de la articulación entre estas dos caras. ¿Dónde se encuentra el punto de inflexión, el lugar donde la oscuridad de la cruz se muda en fuente de luz?

Afortunadamente, hay un relato de Lucas que ilustra perfectamente este punto de inflexión: la historia de los dos malhechores crucificados con Cristo (Lucas 23, 39-43). En los demás evangelios no hay distinción entre ellos. Aquí, sin embargo, el primero injuria a Jesús desde su cruz, reproduciendo las palabras de los responsables judíos y los soldados romanos: «¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!». A sus ojos, la prueba de que alguien venga de Dios es el hecho de que disponga de un poder milagroso –y que lo utilice en su favor. Además, al aliarse con los fuertes del mundo y al despreciar a Jesús, este primer criminal se exalta a sí mismo a su costa. Incluso cuando se enfrenta a una muerte inminente, busca desmarcarse de los demás para atribuirse una superioridad tan fugitiva como ilusoria.

El segundo malhechor reacciona de manera completamente diferente. Aunque comúnmente se le llama «el buen ladrón», nada nos permite afirmar que sea mejor que su compañero. Tan sólo que él no niega su condición verdadera. Siente que el ajusticiado que hay a su lado, que comparte sus mismas condiciones, es, sin embargo, inocente. Por un acto de solidaridad libre e incomprensible,

este hombre ha elegido estar con él; por tanto se puede confiar en él. De golpe, este criminal comprende que ya no afronta su suerte solo: Jesús está con él. De igual modo, también puede confesar su culpabilidad y esperar con confianza que aquel que se ha abajado para encontrarse con él no le abandonará, pase lo que pase. «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino». Y enseguida llega la respuesta, tan deseada como inesperada: «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Juntos en el infierno, estarán también juntos en la dicha de una Vida reencontrada.

Este relato sitúa con precisión el vínculo entre las dos caras del misterio, el punto que lleva de una a la otra. Se trata ante todo de una cuestión de *mirada*. Contemplar el rostro del Crucificado para discernir ahí al Enviado de Dios, al Inocente por excelencia que permanece con nosotros, implica ya pasar del otro lado, incluso si todavía no se manifiesta. Lejos del «*happy ending*» que suprimiría los horrores de la crucifixión, la resurrección desvela su significado verdadero. Todavía hemos de añadir algo: este cambio de mirada no es humanamente comprensible, se debe a un don de clarividencia que viene directamente del Espíritu de Dios.

Resulta significativo a este respecto que san Juan termine el relato de la Pasión con una cita de otro texto enigmático de las Escrituras hebraicas (Zacarías 12,9–13,2), que algunos consideran una adaptación del cuarto canto del Siervo. Se trata de nuevo de un cambio de mirada. El pasaje presenta

a aquel a quien traspasaron que, tras la efusión del espíritu de Dios, es reconocido por sus antiguos adversarios como un «hijo único... un primogénito», y suscita por su parte un gran lamento. A continuación, una fuente de perdón brota para todo el país. «Mirarán al que traspasaron» (Zacarías 12,10 ; Juan 19, 37). El cuarto evangelio afirma así que el vínculo entre la muerte y la resurrección de Cristo pasa en definitiva por la mirada de cada uno de nosotros. Contemplar al Crucificado hasta discernir en él la revelación del amor desmesurado de Dios en medio y a pesar de nuestro rechazo a dicho amor, implica pasar de golpe a la otra orilla de una Vida sin ocaso, entrar en el mundo de la resurrección. No es posible comprensión alguna del misterio pascual proveniente del exterior; frente a la cruz no a hay lugar para un observador indiferente. Lo que quiere decir también que esta victoria paradójica de Cristo sobre la muerte debe convertirse en nuestra propia victoria, fuente de un gozo y una paz que nadie puede arrebatarnos.